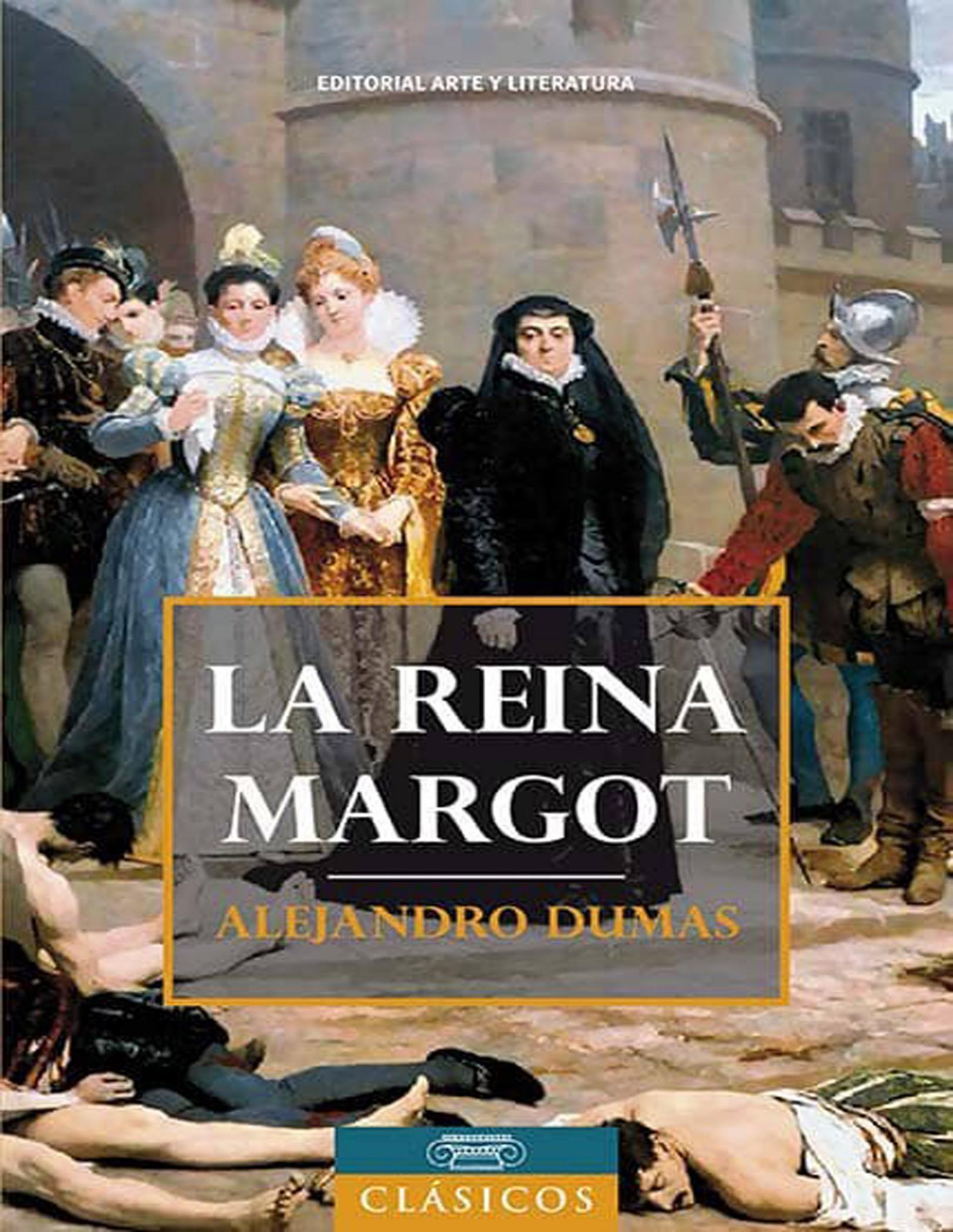


EDITORIAL ARTE Y LITERATURA



LA REINA MARGOT

ALEJANDRO DUMAS



CLÁSICOS

La reina Margot

Alejandro Dumas



EDITORIAL ARTE Y LITERATURA

cubaliteraria
EDICIONES
DIGITALES

Título original en francés: *La Reine Margot*

Edición: Anderson Calzada Escalona

Edición en formato digital: Nora Lelyen Fernández

Diseño de cubierta: Alejandro Barrios Cordovez

Ilustración de cubierta: *Una mañana a las puertas del Louvre*, de Edouard Debat-Ponsan

Programación: Alberto Correa Mak

ePub base v2.0.

© Sobre la edición para epub:

Cubaliteraria, 2020

© Editorial Arte y Literatura, 2019

ISBN: 9789590309731

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Si precisa obtener licencia de reproducción para algún fragmento en formato digital diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o entre la web www.conlicencia.com EDHASA C/ Diputació, 262, 2º 1ª, 08007 Barcelona. Tel. 93 494 97 20 España.

Colección Clásicos

Editorial Arte y Literatura

Instituto Cubano del Libro

Obispo no. 302, esq.a Aguiar, Habana Vieja, CP10100, La Habana, Cuba

e-mail: publicaciones1@icl.cult.cu

Cubaliteraria Ediciones Digitales

Instituto Cubano del Libro

Obispo 302 e/ Habana y Aguiar, Habana Vieja, La Habana, Cuba

editorial@cubaliteraria.cu

www.cubaliteraria.cu

www.facebook.com/cubaliteraria

www.twitter.com/cuba_literaria

París, 1572. El rey Enrique de Navarra se casa con la reina Margarita de Valois, hermana del rey de Francia Carlos IX. El enlace es una maniobra política del monarca francés, y de su madre, la Reina madre Catalina de Médici, para deshacerse de los hugonotes, de los cuales Enrique es cabecilla. Una profecía auguraba el reinado de este en Francia, por ello, Catalina, una mujer muy supersticiosa, hace todo lo posible por impedirlo. Planea entonces la matanza de San Bartolomé, donde mueren muchos protestantes, creyendo que Enrique sería una de las víctimas. Pero el de Navarra parece que hará cumplir la profecía, pues elude todo atentado contra su vida, ayudado tanto por su esposa, Margarita, como por Carlota y La Mole, amantes de ambos, respectivamente. Así, vemos que la trama se nutre de aventuras, asesinatos, intrigas palaciegas, y cierto tono humorístico, para darnos un cuadro fiel de los momentos inmediatos previos y posteriores a la matanza de San Bartolomé. Esta novela es la primera de la *Trilogía de los Valois*, seguida por *La dama de Monsoreau* y *Los cuarenta y cinco*, que nuestra Editorial publicará próximamente.

PRÓLOGO

Hace años, cuando vi por primera vez la versión cinematográfica de la novela de Alejandro Dumas padre, *La reina Margot*, realizada en 1994 y dirigida por Patrice Chéreau, ya fallecido, y protagonizada por tres grandes del cine europeo, la también difunta actriz italiana Virna Lisi (que encarna magistralmente a la Reina Madre Catalina de Medici), la francesa Isabelle Adjani (que personifica a la reina Margarita) y su compatriota Daniel Auteuil (en el papel de Enrique de Navarra), me motivé a buscar el libro y leerlo. Como prefiero leer lo que poseo, y no lo prestado —manía inofensiva que tengo—, obvié las bibliotecas públicas, lo cual me dificultó la empresa. Súmesele a esto que no existía una edición cubana de la novela, y las librerías de libros viejos, raros y curiosos que conozco no tenían ningún ejemplar en existencia.

Después de haber disfrutado de la película varias veces, tuve por fin la dicha de tener en mis manos, gracias a la generosidad de un amigo, la susodicha obra literaria en una edición argentina de los años cuarenta. De antemano sabía que iba a disfrutar inmensamente la obra, puesto que su autor es, como ya queda dicho, Alejandro Dumas padre, uno de mis escritores favoritos y que no necesita presentación. ¿Quién no se ha solazado alguna vez con la

lectura de *Los tres mosqueteros*, *El Conde de Montecristo* o *El tulipán negro* por solo mencionar algunas de sus obras más conocidas? Novelas todas de una fama tal que han sido adaptadas más de una vez al cine, la radio y la televisión.

Con la primera lectura de *La reina Margot* —publicada en 1845— quedé subyugado, pues la prosa de Dumas es capaz de atrapar por su dinamismo, transparencia y comicidad. Pero reconozco que hice una lectura superficial, con limitaciones, como de adolescente amante de las novelas de aventuras, obnubilado por el desconocimiento histórico. Después de haber ocupado el pupitre de un aula universitaria durante dos años en la Facultad de Humanidades del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona primero y luego durante cuatro en la Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de La Habana, decidí releer la novela de Dumas y... ¡válgame Dios lo que cambió mi impresión sobre ella desde la primera vez que la leí! Casi me arrepentí de haber hecho estudios universitarios en Historia.

Involuntariamente me convertí en el mayor crítico de Dumas por su manera de tratar la Historia. Ya no leía solo por el placer de hacerlo, sino también con el placer del cazador de gazapos históricos en los que incurre Dumas. Menuda faena la mía en aquel entonces. Fui cegado por un orgullo vano. Cuando desperté de tamaña sinrazón, me di cuenta que casi había asesinado en mí el más puro placer por la lectura de uno de los clásicos del genial escritor francés. Entonces, por enésima vez, releí la novela, ya sin tapujos, sin predisposiciones, sin ojo crítico —o al menos sin llevarlo al extremo—, y sobre todo con un profundo deseo de divertirme. Y este último sentimiento o disposición de ánimo, es el que siempre hago prevalecer por sobre todos los demás que puedan intentar aparecer cuando me enfrento a la lectura de una novela que tenga algún trasfondo histórico.

Si Dumas se solaza con la Historia, o en la Historia, cuando escribía sus novelas, es una cuestión que no entorpece su lectura para los amantes de las mismas. Pero ¿se pueden considerar algunas de las obras de Dumas novelas históricas? Para responder a esta interrogante es preciso hacer otra, ¿qué se considera una novela histórica? Pues es un subgénero narrativo donde se utiliza un argumento ficticio enmarcado en cierto momento real de la Historia, donde los acontecimientos históricos tienen cierta relevancia en el desarrollo de la trama. Pero aquí existen matices; un novelista que desarrolle este subgénero debe documentarse muy bien desde el punto de vista histórico y tener a la vez una gran habilidad narrativa, y si no hay un adecuado equilibrio entre estos dos factores, se atenta contra la hechura de una novela histórica, pasando a ser o bien una historia novelada o una novela de aventuras con cierto trasfondo histórico. Por ende, a Dumas podemos catalogarlo, sin dudas, como un escritor de novelas de aventuras con fondo histórico, con mayor o menor incidencia en la ficción. Y justo esto es *La Reina Margot*, que junto a las novelas *La dama de Monsoreau* y *Los Cuarenta y Cinco*, conforman la llamada Trilogía de los Valois, que la Editorial Arte y Literatura irá publicando paulatinamente.

Pero ¿de dónde saca el autor la trama de *La Reina Margot*? Dumas escogió como telón de fondo para su narración novelesca uno de los capítulos que más conmocionaron la historia de Francia después de la guerra de los Cien Años: las guerras de Religión. Estas se extendieron entre 1562 y 1598 con periodos de paz intermedios y fueron una consecuencia de la aparición en la Francia del siglo xvi —el siglo de la Reforma y de la Contrarreforma— de una variante de la herejía protestante que había nacido en Sajonia con Martín Lutero a inicios de ese siglo. Esta variante la había propagado Juan Calvino,

[1] definido como el reformador francés por excelencia, con sus escritos y enviados con los cuales había ejercido una gran influencia en Francia. Por tanto el calvinismo —que así se denominó su doctrina herética—, se infiltró en este país y llegó a contar con un gran número de adeptos que fueron conocidos como hugonotes,[2] a pesar de la decidida oposición de los Supremos Tribunales de Justicia y de la Sorbona.

Tal fue la fuerza que tomó la nueva doctrina que parecía que los franceses iban a quedar divididos, como los alemanes, en dos iglesias, con iguales derechos y poderes. Pero hay que tener en cuenta que en Francia no existían las mismas circunstancias que en el territorio alemán, lo que dificultaría este equilibrio religioso entre católicos y protestantes. En primer lugar, Francia era un Estado monárquico unificado, donde los nobles no tenían la independencia perniciosa de los príncipes alemanes. En segundo lugar, estaba la tradición católica nunca interrumpida en Francia. La Sorbona era el baluarte irreductible del papado. En tercer lugar, debía ser la secta calvinista de Ginebra[3] mucho más intolerante que el luteranismo alemán, que consentía un culto análogo al de los católicos. Los protestantes franceses dependían de Ginebra en cuanto a su doctrina y sus ministros. Y por último, las ciudades, sobre todo París, eran decididamente católicas y estaban del lado del poder real.

No obstante, estos obstáculos no impidieron que ya desde el reinado de Francisco I este tuviera que ocuparse de los protestantes, cuya predicación causaba desórdenes. Bajo el gobierno de su hijo Enrique II, los incidentes se multiplicaron. Pero este rey no llevó la represión a extremos de violencia, incluso se dice que manifestaba algunas aficiones protestantes, como cantar salmos. Con su muerte, los acontecimientos se precipitaron. Su hijo y

sucesor, Francisco II, no tenía más que dieciséis años y era enfermizo. Estaba casado con María Estuardo de Escocia, y como esta reina era sobrina del duque Francisco de Guisa y de su hermano Carlos, el cardenal de Lorena, de acendrado catolicismo, adquirieron gran preponderancia en la corte, de la que se vieron alejados los protestantes Antonio de Borbón (rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret) y su hermano el príncipe de Condé, que comenzaron a organizarse para anular la influencia de los Guisa. Se formaron así dos partidos políticos apoyados en la división religiosa del país.^[4] Pero había un tercer partido conformándose: el de la Corona, representado por el canciller Miguel de L'Hospital y por la Reina Madre Catalina de Médici.

Los protestantes pasaron a la acción. Bajo el mando de Jean du Barry, señor de La Renaudie, urden un complot para apoderarse del rey al mismo tiempo que de los Guisa, convocar Estados Generales y proclamar a los Borbones como reyes de Francia. Tal fue la conspiración de Amboise de 1560.^[5] Descubierta por el cardenal de Lorena, fracasó y Francisco II autorizó a los Guisa a organizar una represión, que los convirtió en dueños absolutos del poder. Los hugonotes se sublevaron en el Mediodía francés, pero Antonio de Borbón y el príncipe de Condé ya habían sido apresados cuando el débil monarca murió.

Le sucedió su hermano Carlos IX, que era menor de edad, por lo que la regencia fue ejercida por su madre Catalina de Médici, mujer sin convicciones religiosas, siempre dispuesta a sacrificar sus deberes y su religión, como lo demostraron los acontecimientos posteriores. Al principio se dispuso a gobernar apoyándose en los católicos que eran la mayoría. Pero un rey de diez años y una regente de origen extranjero despertaban las apetencias políticas de todos los ambiciosos, sobre todo de los Guisa. Catalina de Médici mantuvo escaso tiempo su predilección

por el partido católico, y solo procuró gobernar, sosteniendo en el trono a su hijo. Aconsejada por el canciller L'Hospital, hombre tolerante y enemigo de violencias, puso en libertad a Condé y trató de atraerse a los hugonotes, practicando una política de equilibrio entre Borbones y Guisas. Miguel de L'Hospital intentó en vano borrar las diferencias religiosas y la política de tolerancia por él inspirada fue aprovechada por los calvinistas para fundar numerosas iglesias y comunidades, aumentando considerablemente el número de sus adeptos.[⁶]

Evidentemente el canciller se había equivocado en cuanto a la naturaleza del problema, o no la había comprendido. No distinguió el curso de los acontecimientos y debilitó al Estado en el peor momento. Afirmar como se dice en algunos libros que tiene muy grave responsabilidad en las matanzas y en las guerras civiles que se desataron después, es un poco arriesgado y tal vez injusto. L'Hospital actuó guiado por su conciencia, su carácter y sin comprender la situación, equivocándose. Esa es toda su culpa desde mi punto de vista. Ya el germen de la guerra estaba formado, solo necesitaba un detonante.

La regente no vio realizado su proyecto de mantenerse en plan de árbitro y la guerra civil comenzó cuando el duque Francisco de Guisa dirigió la matanza de Vassy en marzo de 1562 en la que perecieron unos sesenta hugonotes. Los calvinistas respondieron con atropellos semejantes, cometidos en las ciudades en que tenían mayoría.

Al comenzar las guerras de Religión, tanto católicos como protestantes buscaron la ayuda extranjera, y aunque los católicos perdieron pronto a su jefe, el duque Francisco de Guisa, que murió asesinado cuando sitiaba la plaza calvinista de Orleáns, ellos llevaron la mejor parte y obtuvieron numerosas victorias. La más importante fue la de Jarnac, donde el príncipe de Condé fue hecho prisionero

y muerto de un pistoletazo. Entretanto, Catalina de Médici, que había despedido al canciller de L'Hospital, había dado una nueva orientación a su gobierno, ordenando la expulsión de los pastores calvinistas y la detención de los jefes del partido, los cuales buscaron refugio en el puerto de La Rochela, principal baluarte del calvinismo francés. Los católicos no pudieron dominar dicha fortaleza y en 1570 fue firmada en París la Paz de Saint-Germain, favorable a los hugonotes, a los que se permitía el libre ejercicio de su culto, entregándoles en garantía de lo estipulado cuatro plazas de seguridad: La Rochela, Cognac, La Charité y Montauban.[⁷]

En resumen, la monarquía había tratado con un partido rebelde como un beligerante, y esta política, para obtener buen éxito, suponía un apaciguamiento general, una vasta reconciliación de familias entre los franceses. Con el fin de obtenerla, Carlos IX quiso comenzar desde arriba. El primer príncipe de sangre era el hijo de Antonio de Borbón y de la reina de Navarra; era el futuro Enrique IV a quien pertenecía la corona si el rey y sus jóvenes hermanos morían sin hijos. Enrique de Borbón era protestante. Su madre, la ardiente calvinista Juana de Albret, lo había llevado a La Rochela y él había hecho sus primeras armas al mando de Gaspar de Coligny. Se podía prever una situación muy grave el día en que la corona pasase de los Valois a los Borbones, en que el principio hereditario llamase al trono a un protestante a quien los católicos se negasen a reconocer. Era, y debía ser, la mayor de las dificultades que la monarquía había encontrado en sí misma desde sus orígenes. Era, pues, menester ayudar, preparar la fusión, facilitar la transmisión de la herencia. La idea de Carlos IX, a la cual, a pesar de todas las oposiciones, no renunció, consistía en conceder a su hermana Margarita en matrimonio a Enrique de Borbón, para reconciliar las dos ramas de la familia.

Y aquí es donde la trama de la novela comienza, centrándose específicamente en un episodio concreto: la matanza de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572. El hecho está bastante bien documentado y mejor narrado por el autor. El intento de asesinato de Coligny, ordenado por Enrique de Guisa, al que no era ajena Catalina de Médici, fue mandado investigar por el rey. Su madre, temerosa que se descubriera la verdad, ayudada por el duque de Guisa, convenció al monarca de que los hugonotes preparaban una sublevación para vengar el atentado. Carlos IX le creyó y ordenó la muerte de todos los jefes calvinistas, lo que se convirtió en una orgía de sangre. Su cuñado, Enrique de Navarra, abjuró por primera vez del protestantismo para salvar la vida, apoyado por su esposa que se convirtió en su mejor aliada. Cuando muere el rey Carlos IX —y Dumas lo hace ver como víctima de envenenamiento— nombra regente a Enrique de Navarra, pero Catalina se le adelanta llamando a su tercer hijo Enrique III —que era rey de Polonia— para que sucediese a su hermano. El de Navarra tiene que huir para salvar su vida. En este punto de la historia termina *La Reina Margot*.

A pesar de que los personajes y eventos son históricamente correctos, Dumas usa algunas licencias artísticas para conformar sus personajes, sobre todo al de la Reina Madre Catalina de Médici, aunque tal vez se vio influenciado por la propaganda en contra de este personaje en su época. Otros personajes, como La Mole y Coconnas, cuyas historias Dumas hace confluir al inicio para simbolizar con ellos las luchas entre católicos y protestantes, hacen el meollo de la historia alrededor de las figuras de la reina Margarita y su esposo Enrique de Borbón.

En el caso de los dos primeros personajes, es posible que sean los dos cómplices capturados y decapitados en el complot que organizaron Francisco de Alencon y Enrique

de Navarra para hacerse con el poder luego de la muerte de Carlos IX en 1574. Aunque aquí Dumas maquilla la historia como tiene hábito de hacer. El presunto amante real de Margarita era un tal Joseph de La Mole —uno de los ajusticiados— y no Lerac de La Mole como lo llama Dumas. Aunque el motivo de su muerte Dumas lo acerca bastante a la realidad, pero disfrazándolo con otros elementos más novelescos.

Personajes secundarios realzan la trama, dándole un brillo cínico (Renato, el perfumista), trágico (el asesino Maurevel o el rey Carlos IX), cómico (el posadero La Huriere), épico (el capitán De Mouy) o lírico (Carlota, la amante de Enrique) a la novela. Alrededor de un acontecimiento, se entremezclan disimiles personajes, de diferentes caracteres, a los que Dumas insufla vida, pasiones, odios y da muerte.

Por todo esto estamos seguros que esta edición de *La reina Margot* que el sello editorial Arte y Literatura pone a disposición de los lectores será agradecida hasta el punto de que esperarán impacientes los otros dos libros de la trilogía.

Anderson Calzada Escalona

PRIMERA PARTE

Capítulo I

El latín del duque de Guisa

El lunes 18 de agosto de 1572 se celebraba en el Louvre una gran fiesta. Las ventanas de la gran residencia, habitualmente a oscuras, se hallaban profusamente iluminadas; las calles y las plazas contiguas, siempre solitarias en cuanto se oían las nueve campanadas en Saint-Germain d'Auxerre, estaban, siendo ya medianoche, atestadas de gente. Aquella multitud apretujada, amenazadora y escandalosa parecía en la oscuridad de la noche un mar tenebroso y revuelto, cuyo ímpetu rompía en oleadas murmuradoras y cuyo caudal, desembocando por la calle de Fossés-Saint-Germain y por la de l'Astruce, fluía al pie de los muros del Louvre, batiendo con su reflujo las paredes del palacio de Borbón, que se elevaba enfrente.

A pesar de la fiesta real, o quizá debido a ella, la muchedumbre ofrecía un aspecto poco tranquilizador. El pueblo ignoraba que semejante solemnidad, en la que tan solo tomaba parte como simple espectador, no era sino el preludio de otra, aplazada para ocho días después, a la que sí sería convidado y a la que asistiría sin recelo alguno.

La Corte celebraba las bodas de doña Margarita de Valois,¹ hija del rey Enrique II y hermana del rey Carlos IX, con Enrique de Borbón, rey de Navarra.¹ Aquella misma mañana, el cardenal de Borbón² los había casado, sobre una tribuna erigida frente a la puerta de Nôtre-Dame, siguiendo el ceremonial de rigor en las bodas de las princesas de Francia.

Este matrimonio sorprendió a todo el mundo y dio mucho que pensar a los más perspicaces. Nadie se explicaba cómo se habían reconciliado dos partidos como el protestante y el católico,³ que tanto se odiaban en aquella época. ¿Perdonaría el joven príncipe de Condé⁴ al duque de Anjou,⁵ hermano del rey, la muerte de su padre, asesinado en Jarnac por Montesquieu? Y el joven duque de Guisa,⁶ ¿perdonaría al almirante Coligny⁷ la muerte del suyo, asesinado en Orleáns por Poltrot de Meré? Más aún: Juana de Navarra,⁸ la valiente esposa del débil Antonio de Borbón,⁹ que condujera a su hijo Enrique a este regio enlace, había muerto apenas hacía dos meses, y corrían singulares rumores acerca de tan repentina muerte. En todas partes se comentaba a media voz, y en algunos lugares se llegó a decir en voz alta que Catalina de Médici,¹⁰ temerosa de que revelara algún terrible secreto, la había envenenado con unos guantes perfumados, obra de un tal Renato, florentino muy hábil en tales menesteres. El rumor se propagó, adquiriendo mayores visos de verosimilitud cuando, después de la muerte de la reina, a petición de su hijo, dos médicos, uno de los cuales era el famoso Ambroise Paré,¹¹ fueron autorizados para abrir y estudiar el cadáver, excepción hecha del cerebro. Como quiera que Juana de Navarra había sido envenenada por la vía del olfato, solo el cerebro, única parte del cuerpo excluida de la autopsia, podía presentar huellas del crimen. Y empleamos esta palabra porque nadie dudó que se trataba de un crimen.

No acababan aquí los motivos de extrañeza. Señalemos particularmente con qué empeño, lindante con la obstinación, había tomado el rey Carlos esta boda; bien es verdad que no solamente restablecía la paz en su reino,

sino que atraía a París a los principales hugonotes de Francia.

Como los desposados pertenecieran, uno a la religión católica y otro a la reformada, hubo de recurrirse para la autorización a Gregorio XIII,¹² que ocupaba por entonces la Sede Pontificia. Pero la dispensa tardaba y tal retraso llegó a inquietar en sumo grado a la reina de Navarra, quien un día expresó al rey Carlos IX sus temores de que no fuera concedida, a lo que el rey tuvo a bien contestar:

—No se preocupe, mi buena tía: la respeto más que al Papa y amo a mi hermana más de lo que parece. No soy hugonote, pero tampoco soy tonto, y si el señor Papa pretende hacerse el remolón, yo mismo cogeré a Margarita del brazo y la llevaré hasta el templo protestante para que se case con su hijo.

Estas palabras circularon por el palacio y por la ciudad, y regocijaron profundamente a los hugonotes, procurando graves motivos de intranquilidad a los católicos, que ya se preguntaban en secreto si el rey los traicionaría o si solo estaba representando una comedia que tendría a la postre cualquier desenlace inesperado.

Sobre todo al almirante Coligny, quien desde cinco o seis años atrás no había cesado en su encarnizada oposición al rey, la conducta de Carlos IX parecía inexplicable. Luego de haber puesto precio a su cabeza ofreciendo por ella ciento cincuenta mil escudos de oro, el rey no brindaba más que a su salud, llamándole padre y declarando ante todo el mundo que solo a él confiaría en adelante la dirección de la guerra. Llegaron las cosas a tal punto, que la propia Catalina de Médici, que hasta entonces dirigió los actos, la voluntad y hasta los deseos del joven príncipe, parecía empezar a inquietarse seriamente; no sin motivo, ya que, en un momento de desahogo, Carlos IX había dicho al almirante a propósito de la guerra de Flandes:

—Padre mío, será preciso que cuidemos de que la Reina Madre, que como sabes en todo quiere meter la nariz, no se entere de nada. Hemos de mantener este asunto tan en secreto, que ella no lo pueda adivinar, pues embrolladora como es, nos lo echaría todo a perder.

A pesar de su buen sentido y de su experiencia, Coligny no supo mantenerse fiel a una confianza tan ilimitada. Había llegado a París con grandes sospechas, pues, al salir de Châtillon, un campesino se arrojó a sus pies gritando: «¡Oh señor, nuestro buen amo, no vayas a París, porque, si vas, morirás lo mismo que todos los que te acompañan!». Sin embargo, aquellos recelos se apagaron poco a poco en su corazón y en el de su yerno, Teligny,¹³ a quien el rey también daba grandes muestras de amistad llamándole su hermano, así como llamaba padre al almirante, y tuteándole como solía hacer con sus mejores amigos.

Los hugonotes, pues, excepto algunos de espíritu melancólico y desconfiado, se hallaban por completo tranquilos. La muerte de la reina de Navarra se había atribuido a una pleuresía, y los espaciosos salones del Louvre se veían llenos de todos aquellos valientes protestantes que esperaban del matrimonio de su joven jefe Enrique un inesperado cambio de fortuna. El almirante Coligny, La Rochefoucauld, el príncipe de Condé hijo,¹⁴ Teligny, en fin, todos los capitostes del partido se consideraban triunfantes al ver todopoderosos en el Louvre y tan bien acogidos en París a aquellos mismos a quienes tres meses antes el rey Carlos y la reina Catalina querían colgar de horcas más altas que las empleadas para los reos de asesinato. No faltaba más que el mariscal de Montmorency,¹⁵ a quien en vano se hubiera buscado entre sus pares. Ninguna promesa pudo seducirlo ni se dejó engañar por ningún gesto. Retirado en su castillo de L'Isle-Adam, daba por excusa de su ausencia el dolor que aún le

causaba la falta de su padre, el condestable Anne de Montmorency,¹⁶ muerto de un tiro de pistola por Robert Stuart en la batalla de San Dionisio. Como habían transcurrido ya más de tres años desde tan desdichado acontecimiento y la sensibilidad no era una virtud muy en boga en aquella época, cada cual interpretó como quiso aquel luto que prolongaba más de lo común. Nada daba la razón al mariscal de Montmorency: el rey, la reina y los duques de Anjou y de Alençon¹⁷ cumplían a las mil maravillas con los honores de la fiesta.

El duque de Anjou recibía de los propios hugonotes alabanzas muy merecidas con motivo de las dos batallas de Jarnac y de Moncontour, que supo ganar cuando todavía no había cumplido los dieciocho años, siendo en esto más precoz que César y Alejandro, a quienes se les comparaba, cuidando muy bien de situar en un plano inferior a los vencedores de Issos y de Farsalia. El duque de Alençon veía todo esto con su mirada seductora y falsa. La reina Catalina, resplandeciente de alegría, hecha una dulzura, felicitaba al príncipe Enrique de Condé por su reciente matrimonio con María de Cleves.¹⁸ En fin, hasta los señores de Guisa sonreían a los seculares enemigos de su casa, y el duque de Mayenne¹⁹ conversaba con el señor de Tavannes²⁰ y el almirante sobre la próxima guerra que, ahora más que nunca, era llegado el momento de declarar a Felipe II.²¹

Por en medio de los grupos iba y venía, con la cabeza ligeramente ladeada y el oído atento a todas las conversaciones, un joven barbilampiño de dieciocho años, de inteligente mirada, cabello negro muy corto, cejas espesas, nariz aguileña y sonrisa maliciosa. Este joven, que tan solo se había distinguido en el combate de Arnay-le-Duc, donde expuso valientemente su vida, y que ahora recibía múltiples felicitaciones, era el alumno preferido de

Coligny y el héroe del día. Tres meses antes, es decir, cuando todavía su madre no había muerto, le llamaban príncipe de Bearne; ahora era rey de Navarra, hasta tanto no fuese Enrique IV.

De vez en cuando, una nube sombría y rápida cruzaba por su frente; sin duda recordaba que hacía apenas dos meses que su madre había muerto y que él era quien menos podía dudar que había sido envenenada, pero la nube debía ser pasajera, puesto que desaparecía como una sombra flotante; precisamente quienes le dirigían la palabra, le felicitaban y se codeaban con él, eran los mismos que habían asesinado a la valiente Juana de Albret.

A pocos pasos del rey de Navarra, casi tan pensativo y preocupado como alegre y expansivo aparentaba estar el rey, el joven duque de Guisa conversaba con Teligny. Más afortunado que el bearnés,²² su fama, a los veintidós años, era casi tan grande como la de su padre, el gran Francisco de Guisa. Era un distinguido mozo, de elevada estatura, de mirada altiva y orgullosa y dotado de tan natural majestuosidad, que a su paso los demás príncipes parecían plebeyos. Pese a su juventud, los católicos le consideraban jefe de su partido, mientras que los hugonotes reconocían como jefe del suyo a Enrique de Navarra, cuyo retrato se acaba de esbozar.

Comenzó usando el título de príncipe de Joinville, habiendo hecho sus primeras armas en el sitio de Orleáns, al lado de su padre, que murió en sus brazos acusando al almirante Coligny de ser su asesino. Entonces, el joven duque hizo, como Aníbal,²³ un solemne juramento: vengar la muerte de su padre en la persona del almirante o en la de algún miembro de su familia, y perseguir a los de su religión sin tregua ni reposo, prometiendo a Dios convertirse en su ángel exterminador sobre la tierra hasta concluir con el último hereje. Por fuerza había de producir gran asombro el ver a este príncipe, siempre tan fiel a su

palabra, estrechar la mano de quienes juró ser enemigo mortal y charlar amistosamente con el yerno de aquel a quien, ante su padre agonizante, prometió dar muerte.

Pero, como ya hemos dicho, esta era la noche de las sorpresas. El observador privilegiado que hubiese podido asistir a la fiesta, provisto de ese conocimiento del porvenir del que por fortuna carecen los hombres, y de esa facultad de leer en los corazones que, por desdicha, solo pertenece a Dios, habría gozado sin duda del más curioso espectáculo que ofrecen los anales de la triste comedia humana.

Este observador, que faltaba en las galerías interiores del Louvre, continuaba en la calle, mirando con ojos llameantes y rugiendo con voz amenazadora: era el pueblo, quien, con su instinto maravilloso agudizado por el odio, seguía desde lejos el ir y venir de las sombras de sus enemigos implacables, deduciendo sus pasiones tan claramente como pueda hacerlo un espectador situado ante las ventanas de un salón de baile en el que no puede entrar. La música embriaga y marca el compás al bailarín, mientras que el espectador de fuera, como no la oye y tan solo advierte el movimiento, ríe de ese muñeco que parece agitarse caprichosamente.

La música que embriagaba a los hugonotes era la voz de su orgullo. Aquellas luminarias que a medianoche veían los parisienses eran los relámpagos de su odio que iluminaban el porvenir. Sin embargo, todo reía en el interior del Louvre y, ahora, un murmullo más dulce y halagador que nunca se dejó sentir: la joven desposada, después de quitarse su traje de boda, su manto y su largo velo, acababa de entrar en el salón de baile, acompañada por la hermosa duquesa de Nevers, su mejor amiga, y conducida por su hermano Carlos IX, que la presentaba a sus principales invitados.

La recién casada, hija de Enrique II, era la perla de la corona de Francia, es decir, , a quien el rey Carlos IX, con

su familiar ternura, llamaba siempre «mi hermana Margot».

Jamás un recibimiento, por halagador que fuese, había sido tan merecido como el que ahora se dispensaba a la nueva reina de Navarra. Margarita, que entonces apenas contaba veinte años, era ya el objeto de las alabanzas de todos los poetas. Unos la comparaban a la aurora, otros a Citerea.²⁴ Era, en efecto, la belleza sin rival en aquella corte donde Catalina de Médici había reunido, para convertirlas en sus sirenas, a las mujeres más hermosas que pudo hallar. Tenía los cabellos negros, el color encendido, la mirada voluptuosa y velada por largas pestañas, la boca roja y delicada, el cuello airoso, el talle firme y flexible y, ocultos en calzado de raso, unos pies de niña. Los franceses se sentían orgullosos de tenerla con ellos, viendo cómo se abría en su tierra una flor tan magnífica... Los extranjeros que pasaban por Francia regresaban a sus países deslumbrados por su belleza si solo la habían visto y admirados de su saber si habían logrado hablar con ella. Margarita no solamente era la más bella, sino también la más culta de las mujeres de su tiempo. Se citaba la frase de un sabio italiano que le había sido presentado y que, después de haber conversado una hora con ella en italiano, español, latín y griego, se había ido diciendo lleno de entusiasmo: «Ver la corte de Francia sin ver a , ni es ver Francia ni es ver la corte».

No escasearon, por lo tanto, los murmullos de aprobación al rey Carlos IX y a la reina de Navarra; ya se sabe lo aficionados que eran los hugonotes a tales demostraciones. No faltaron infinidad de alusiones al pasado y hubo no pocas preguntas acerca del porvenir que fueron hábilmente deslizadas hasta el oído del rey en medio de los cumplidos.

A todas estas alusiones respondía el monarca con sus labios pálidos y su falsa sonrisa:

—Al entregar a mi hermana Margarita en brazos de Enrique de Navarra, entrego mi corazón en brazos de todos los protestantes del reino.

Esta frase tranquilizaba a unos y hacía sonreír a otros, porque en realidad tenía dos sentidos: uno paternal, en el que Carlos IX no quería insistir demasiado; otro injurioso, para la desposada, para su marido y hasta para el rey mismo, porque aludía a ciertos escándalos privados con que la crónica de la corte había encontrado ya el medio de manchar el velo nupcial de .

Entretanto, el señor de Guisa conversaba, como decíamos, con Taligny, pero sin prestar al diálogo tanta atención como para no poder dirigir de vez en cuando una mirada al grupo de damas en cuyo centro resplandecía la reina de Navarra.

Cuando la mirada de la princesa chocaba con la del joven duque, una nube parecía oscurecer la encantadora frente coronada por una aureola temblorosa de rutilantes estrellas, y un oculto designio parecía descubrirse en su actitud impaciente y agitada.

La princesa Claudia,²⁵ hermana mayor de Margarita, casada desde hacía varios años con el duque de Lorena, había notado esa inquietud, y ya se acercaba a ella para preguntarle la causa, cuando, al apartarse todos para dar paso a la Reina Madre, que entraba apoyándose en el brazo del joven príncipe de Condé, la princesa se halló de nuevo alejada de su hermana.

Se produjo entonces un movimiento general que el duque de Guisa aprovechó para acercarse a su cuñada, la señora de Nevers y, por consiguiente, a Margarita.

La señora de Lorena, que no había perdido de vista a la joven reina, vio desaparecer de su frente la nube que hasta entonces la velara y subir hasta sus mejillas una encendida llama. El duque continuaba aproximándose y, cuando estuvo a dos pasos de Margarita, esta, que más parecía

sentirle que verle, se volvió, no sin hacer un violento esfuerzo para dar a su semblante una expresión calmosa a indiferente. El duque se inclinó ante ella en un respetuoso saludo mientras murmuraba a media voz:

—*Ipse attuli.*

Lo que significaba: «Lo he traído» o «Lo he traído yo mismo».

Margarita devolvió su reverencia al joven duque y al incorporarse pronunció esta respuesta:

—*Noctu pro more.*

O lo que es igual: «Esta noche, como de costumbre».

Estas dulces palabras, apagadas por el enorme cuello almidonado del vestido de la princesa, cual lo hubieran sido por una mampara, no fueron oídas más que por la persona a quien iban dirigidas. Por corto que fuese, el diálogo encerraba, sin duda, cuanto tenían que decirse, ya que, terminado este intercambio de dos palabras por tres, se separaron, Margarita más pensativa y el duque con el rostro más radiante que antes de haberse acercado.

Tuvo lugar esta pequeña escena sin que el más interesado en observarla pareciera prestar la menor atención. El rey de Navarra no tenía ojos más que para una sola persona, que reunía en torno suyo una corte casi tan numerosa como : esta persona era la bella señora de Sauve.

Carlota de Beaune-Semblancay, nieta del desdichado Semblancay y esposa de Simón de Fizes, barón de Sauve, era una de las damas de honor de Catalina de Médici y una de las más temibles colaboradoras de esta reina, que ofrecía a sus enemigos el filtro del amor cuando no se atrevía a darles el veneno florentino. Pequeña, rubia, tan pronto chispeante como melancólica, siempre dispuesta al amor y a la intriga, esos dos grandes quehaceres que desde hacía cincuenta años ocupaban a la corte de los tres últimos reyes, mujer en toda la acepción de la palabra y con todo el encanto que esto implica, desde los ojos azules

lánguidos o llameantes hasta los piecitos inquietos y arqueados en su calzado de terciopelo, la señora de Sauve era dueña desde hacía algunos meses de todos los pensamientos del rey de Navarra, que se iniciaba entonces tanto en la carrera amorosa como en la política; de modo que Margarita de Navarra, belleza magnífica y real, ni siquiera pudo despertar la admiración en el fondo del corazón de su esposo. Cosa extraña y que asombraba a todo el mundo, incluso a este, alma llena de tinieblas y de misterios, era que Catalina de Médici, al mismo tiempo que perseguía su proyecto de unión entre su hija y el rey de Navarra, no había dejado de favorecer, casi abiertamente, los amores de este con la señora de Sauve. Mas a pesar de ayuda tan poderosa y a despecho de las costumbres fáciles de la época, la bella Carlota había resistido hasta entonces.

De esta resistencia sin precedentes, increíble, inaudita, más aún que de la belleza y de la inteligencia de la que resistía, nació en el corazón del bearnés una pasión que, no pudiendo satisfacerse, se replegó sobre sí misma, devorando en el corazón del joven rey la timidez, el orgullo y hasta aquella despreocupación mitad filosófica, mitad perezosa, que constituía el fondo de su carácter.

La señora de Sauve hacía unos minutos que acababa de entrar en el salón de baile; fuera por desprecio o por resentimiento, había resuelto en un principio no asistir al triunfo de su rival y, pretextando una indisposición, había consentido que su esposo, secretario de Estado desde hacía cinco años, fuera solo al Louvre. Pero, al ver al barón de Sauve sin su esposa, Catalina de Médici se informó de la causa que mantenía alejada a su amada Carlota. Al saber que solo se trataba de una leve indisposición, le escribió unas líneas rogándole que se presentara, ruego que esta se apresuró a obedecer. Enrique, aunque muy triste al principio por su ausencia, respiró con más libertad al ver entrar solo al señor de Sauve; pero en el momento en que,

no esperando ni remotamente su llegada, se acercaba suspirando a la amable criatura a la que estaba condenado si no a amar, por lo menos a tratar como esposa, vio aparecer a la señora de Sauve en el extremo de la galería. Entonces se quedó clavado en su sitio con los ojos fijos en aquella Circe²⁶ que lo encadenaba con un lazo mágico. Luego, en lugar de dirigirse a su esposa, se acercó a la señora de Sauve con un movimiento de vacilación que más parecía de asombro que de temor.

Los cortesanos, por su parte, viendo que el rey de Navarra, cuyo corazón ardiente conocían, se aproximaba a la hermosa Carlota, no se atrevieron a impedirlo, y se alejaron. Así, al mismo tiempo que y el señor de Guisa intercambiaban las pocas palabras latinas que hemos mencionado, Enrique entablaba con la señora de Sauve, en un francés muy inteligible, aunque salpicado de acento gascón, una charla menos misteriosa.

—¡Oh, amiga mía —le dijo—, aparece aquí en el momento en que acaban de informarme que estaba enferma y cuando había perdido ya la esperanza de verla!

—¿Pretenderá Su Majestad —respondió la señora de Sauve— hacerme creer que le habría costado mucho perder esa esperanza?

—¡Cómo! Ya lo creo —repuso el bearnés—. ¿Acaso no sabe que es mi sol durante el día y mi estrella durante la noche? Le aseguro que me creía en la oscuridad más profunda. Al llegar usted, iluminó todo de pronto.

—Entonces, ¿le he hecho una mala pasada?

—¿Qué quiere decir, amiga mía?

—Quiero decir que, cuando se es dueño de la mujer más hermosa de Francia, lo único que se debe desear es que la luz deje paso a la oscuridad, porque es en la oscuridad donde nos espera la dicha.

—Esta dicha, querida, sabe muy bien que depende de una sola persona y que esta persona se ríe y se burla del

pobre Enrique.

—¡Oh! —replicó la baronesa—. Yo había creído que, por el contrario, esa persona era el juguete y la burla del rey de Navarra.

Enrique se quedó estupefacto ante aquella actitud hostil, pero después cayó en la cuenta de que era producto del despecho, y pensó que este no es más que la máscara del amor.

—En verdad, querida Carlota —dijo—, me acusa muy injustamente y no comprendo cómo una boca tan bella pueda ser a un mismo tiempo tan cruel. ¿Cree por ventura que soy yo quien se casa? ¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Qué voy a ser yo!

—Seré yo entonces —repuso la baronesa con acritud, si es que puede parecer agria la voz de la mujer que nos ama y se queja de no sentirse correspondida.

—¿Con unos ojos tan bellos, no alcanza a ver más allá? No, no, no es Enrique de Navarra quien se casa con .

—¿Pues quién es?

—¡Por Dios, baronesa! Es la religión reformada la que se casa con el Papa. ¡Ni más ni menos!

—Nada de eso, señor, no pienso dejarme engañar por sus juegos de ingenio; Su Majestad ama a Margarita y no soy yo, Dios me libre, quien puede reprochárselo. Ella es lo bastante hermosa como para ser amada. Enrique reflexionó un instante, durante el cual las comisuras de sus labios fingieron una sonrisa.

—Baronesa —dijo—, según veo, busca querella. No tiene derecho a ello. ¿Qué ha hecho, dígame, para impedir que me case con Margarita? Nada. Por el contrario, me ha hecho perder toda esperanza.

—¡Bien castigada estoy! —respondió la señora de Sauve.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que hoy se casa con otra.

—¡Si me caso con ella es porque usted no me ama...!

—Si lo amara, Sire, moriría antes de una hora.

—¡Dentro de una hora! ¿Qué quiere decir? ¿Cuál sería la causa de su muerte?

—¡Los celos...! Dentro de una hora, la reina de Navarra despedirá a sus damas y Su Majestad a sus gentileshombres.

—¿Es esta la idea que en realidad la tortura, amiga mía?

—No he querido decir eso; lo que sí digo es que, si lo amara, me torturaría horriblemente.

—¡Pues bien! —exclamó Enrique lleno de júbilo al oír tal confesión, la primera que recibía de aquellos labios—. ¿Y si el rey de Navarra no despidiera a ninguno de sus gentileshombres esta noche?

—Sire —dijo la señora de Sauve, mirando al rey con un asombro que por esta vez no era fingido—, está diciendo cosas imposibles y sobre todo increíbles.

—Para que las creyera, ¿qué tendría que hacer?

—Tendría que darme una prueba que no puede darme.

—¡Oh, señora, por san Enrique, se la daré, esté segura! —exclamó el rey devorando a la joven con una mirada amorosa.

—¡Majestad...! —murmuró la bella Carlota bajando la voz y los ojos—. No comprendo... ¡No, no, es imposible que renuncie a la felicidad que lo espera!

—Hay cuatro Enriques en esta sala, mi bien —repuso el rey—: Enrique de Francia, Enrique de Condé, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra.

—¿Y qué?

—Que Enrique de Navarra no hay más que uno. ¿Si le tuviera a su lado toda la noche...?

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche. ¿Estaría segura de que no está con otra?

—¡Ah, si es capaz de hacer eso! —exclamó a su vez la señora de Sauve.

—Palabra de caballero.

La señora de Sauve levantó sus grandes ojos llenos de voluptuosas promesas y sonrió al rey, cuyo corazón se colmó de alegría.

—En ese caso, ¿qué diría? —preguntó Enrique.

—¡Oh! En ese caso diría que Su Majestad verdaderamente me ama —respondió Carlota.

—¡Cuerpo de Baco!²⁷ Entonces dígallo, porque es así.

—Pero ¿cómo haremos? —prosiguió la señora de Sauve.

—¡Por Dios, baronesa, no le faltará alguna camarera, alguna doncella o alguna joven de la que pueda estar segura!

—Tengo a Dariole, que me sirve con tanta devoción que con gusto se dejaría cortar en pedazos por mí. ¡Un verdadero tesoro!

—Dígale, ¡por Satanás!, baronesa, que haré su fortuna cuando se cumpla lo que han predicho los astrólogos y yo sea rey de Francia.

Carlota sonrió; ya en esa época estaba formada la reputación gascona del bearnés en lo que respecta a sus promesas.

—¿Qué desea de Dariole?

—Muy poca cosa. Lo que para ella no será nada lo será todo para mí.

—¿En resumen?

—Su departamento está situado encima del mío, ¿no es cierto?

—Sí.

—Dígale que espere detrás de la puerta. Daré tres golpes suaves. Cuando me abra, usted tendrá la prueba que le he prometido.